

## EN TORNO A LA PICARESCA<sup>1</sup>

---

Dentro de su piel, España llora su amargo destino. Congelada su risa, atenazada su alegría, en renovada y permanente angustia, todo un mundo subterráneo, en silencio, vive, echa raíces, crece separado del otro mundo, el mundo extraño organizado fuera de su piel, fuera de su piel y de su sangre.

Duele desde fuera este latir interior, este amanecer sombrío, esta muerte y esta esperanza, que hierve silenciosa y desbordada. Y para que el aire no pueda llegar a este aliento vital, todo se viste y se cubre de un nuevo ropaje. Inútil afán porque pueden enterrar el presente, separarlo de muchos ojos, apartarlo de este mundo que late por dentro. Pero el presente no es más que un largo brazo cuya raíz está clavada lejos, fundida en el tiempo, constituyendo el pasado eterno de la patria.

En este camino de desvalorización de nuestro pasado, le ha tocado el turno a un género español como la picaresca, “a la mala yerba de la picaresca”, “al espíritu de Lazarillo vivo todavía”. Porque ahora resulta, a la luz del falangismo, que la picaresca también pertenece a la antiEspaña y que sus cultivadores, con su realismo crudo, con su amarga visión de la sociedad de su tiempo, sólo han contribuido a llenar las alforjas de los enemigos de España.

Que la España de los siglos XVI y XVII no era la España del Lazarillo, ni la de Mateo Alemán o Vicente Espinel nos dicen los que ahora lanzan sus diatribas contra la picaresca. Y es claro que no toda la España de estos siglos estaba dentro de este

---

<sup>1</sup> Publicado en *Romance*. México, núm. 8, 15 de mayo de 1940.

mundo oscuro, sombrío de la picaresca. El pícaro pertenecía a un *substratum* social que no participaba del estruendo, de la gloria del Imperio. Hasta él no llegaba, no podía llegar, la luz de esta España enfebrecida por la lucha contra la Reforma.

Esta luz le estaba negada porque el pícaro tenía los pies hundidos, bien hundidos, en la tierra, atado a ella por fracasos sangrientos, por reveses de fortuna, por el hambre. Su dolor es un dolor terreno que tiene unas causas que están vivas en este mundo. Sólo que, para el pícaro, golpeado sin tregua por la amargura, moviéndose en esta zona del hampa en constante tormento, llega a la desesperanzada conclusión de que está preso de unas fuerzas que le impedirán ascender y liberarse.

Una densa amargura preside su vida. Él no comprende, no puede comprender, que la espada se ponga al servicio de la Cruz, que los cuerpos de los españoles se desangren por este más allá supraterrrenal, tan lejano, cuando una realidad palpable, visible es la única causa de su infortunio. Por esto, el pícaro no sueña. A veces como en el *Lazarillo* surge una apasionada alegría de vivir, pero es una alegría transitoria, mortal, porque la vuelta a la realidad desesperada le congela de nuevo la risa entre dientes.

La vida es lucha, lucha implacable contra este mundo deformado, sombrío, que ven mis ojos y palpan mis sentidos —piensa el pícaro—. ¿Qué se puede hacer frente a esta realidad, frente a esta ley fatal que encadena nuestros pasos? Y es aquí, al dar la respuesta, donde aparecen las dos caras de la España eterna, dos caras de la misma medalla: don Quijote y Lazarillo. Los dos arrancan de la misma realidad, del mismo suelo, pero don Quijote nunca da su brazo a torcer, por dura que esta realidad sea. Nunca se resignará a no ver implantado el reino de la justicia humana. Lazarillo, en cambio, que vive con los ojos doloridos a ras de tierra, aplastado contra ella en esta lucha a muerte, desesperada, sin salida, no encuentra más defensa que el engaño, el desprecio a la ley, la doble intención, la insensibilidad y la cordura.

Como don Quijote y Lazarillo, la España de los siglos XV y XVI fluctúa entre dos planos opuestos: la ilusión y la realidad.

Uno y otro tienen una raíz común, su fuerte españolismo, que por cierto es también raíz universal. No importa que, andando el tiempo, al afirmarse el género de la picaresca, se desvanezca el realismo del *Lazarillo* y que, a través de la pluma de Mateo Alemán, la negra y doliente España adquiera unos tintes más sombríos. Esta deformación de la realidad ha sido hecha para que golpee la retina del lector, con más fuerza, el sentido trágico de la vida, que late por debajo de la sangre enardecida de la verdadera España de la Conquista y del Imperio.

La picaresca era una llamada al equilibrio, a la razón, en las conciencias emborrachadas de los siglos XV y XVI. Después del fracaso ensangrentado de la España imperial, la picaresca, al airear el fondo amargo de la vida, tiraba de estos sueños hacia la tierra. La muerte de una gran quimera, el sueño quebrado de su España, el destino fatal que presidía su sangre, le hace decir a Mateo Alemán:

Lo que los hombres toman por sus vicios y deleites son píldoras doradas, que, engañando la vista con apariencia falsa de sabroso fruto, dejan el cuero descompuesto y desbaratado. Son verdes prados, llenos de ponzoñosas víboras; piedras, al parecer de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes, muerte eterna que engaña con breve vida.

Por este nuevo hilo la picaresca, desesperada persecución de la esperanza, se une a la impetuosa corriente esperanzadora de la misma española "Muerte eterna que engaña con breve vida".

¿Cómo se puede negar la raíz profundamente española de la picaresca? Lo que pasa es que esta raíz duele, duele esta España sombría, verdadera, duele esta amarga experiencia de la vida, nacida en pleno esplendor imperial. Duele que el pícaro, rotas sus amarras con las columnas que sostenían la España de su época — la Iglesia y el Imperio —, rotas sus amarras con la vida, rueda por el encrucijado mapa de la decadencia española, sin sombra de esperanza, a refugiarse en una tristeza y en un pesimismo infinitos.

Hoy a la España que trata de desempolvar los viejos espados del Imperio le duele también este pesimismo de la picaresca, su amarga crítica. También dolía a muchos la voz desesperanzada de la Generación del 98, cuando España, vencida, amenazaba desplomarse. Otra vez salían a la luz las aristas oscuras, los tintes sombríos, las grietas, las heridas. Escarbaban todos ellos en lo más profundo de nuestra alma nacional, mientras los tradicionalistas ponían el grito en el cielo cada vez que un dedo apuntaba a las llagas de España.

¿Y por qué callar? En el siglo XVI la verdad estaba secuestrada, porque se había amputado del cuerpo de España, sin querer conocerlo, el brazo sombrío, desconsolador, que empañaba la grandeza de los de Austria. Pero España, desangrada por la vertiente de la decadencia, no podía engañarse. La picaresca, arrancando de la misma tierra que el héroe cervantino, venía a restablecer la verdad, la cruda verdad, y a dar a España una advertencia amarga y dura pero leal y honrada. A los verdaderos españoles podía dolerles y les dolía la España lúgubre, amarga del *Lazarillo* porque ellos mismos la padecían dentro de su carne. Pero no podía dolerles el conocerla, como no le dolió a Unamuno, andando el tiempo, la verdad, la tenebrosa verdad de España. A pesar del desaliento, de la crítica demoledora, los del 98, como la picaresca, al enfrentarse con el cuerpo corrompido de su patria, encerraban una impetuosa afirmación.

¿Por qué callar entonces? A nosotros, hoy también nos duele la España actual, atenazada, clavada en un oscuro túnel y, sin embargo, como los españoles del *Lazarillo* y el *Quijote*, nos sentimos más que nunca atados a la sangre y a la palabra de nuestra tierra.